



VOL: AÑO 9, NUMERO 25

FECHA: MAYO-AGOSTO 1994

TEMA: SEGURIDAD Y SOBERANÍA NACIONALES EN AMÉRICA LATINA

TÍTULO: **México y Chiapas: Seguridad nacional, gubernamental y del estado: Una entrevista con Lorenzo Meyer [\*]**

AUTOR: *José Luis Piñeyro* [\*\*]

SECCION: Entrevistas

## TEXTO

JOSE LUIS PIÑEYRO (JLP). De la lectura de tus artículos periodísticos semanales sobresale un hilo conductor, que es el contraste que haces, de forma sistemática, sobre el discurso gubernamental referido a política económica, social, electoral, y la realidad concreta, donde se dan ciertos resultados de dicha política. Hay una insistencia en contrastar lo que se dice y lo que se hace realmente y cuáles son también los resultados.

En algunos ensayos periodísticos has sido todavía mucho más puntual y señalas la creciente distancia entre la seguridad del gobierno y la seguridad de la nación, entendida tal distancia como la política gubernamental que tiende a separarse de las necesidades e intereses vitales de la población mexicana, de la nación mexicana. Quisiera pedirte una reflexión donde pudieras abordar el tema en sus tres dimensiones: la seguridad del gobierno, la seguridad de la nación y la seguridad del Estado mexicano.

LORENZO MEYER (LM). Bien, empecemos por la primera parte de la pregunta: la distancia entre el ser y el deber ser en la actuación del gobierno, en la estructura institucional mexicana en general. La raíz es obvia y es histórica. Mesoamérica, por un lado, y la cultura andina, por el otro, fueron las dos grandes concentraciones demográficas que en América encontró Europa hace 500 años. Las instituciones propias de esas dos culturas no desaparecieron enteramente, pero fueron hechas a un lado y se introdujo a la fuerza otra y muy diferente institucionalidad: la española.

Lo ajeno de las nuevas formas políticas, fue un problema que, yo creo, sigue presente: el marco legal no respondió ni responde, plenamente, a la estructura social. Detrás del golfo que sigue separando lo que debería ser de lo que realmente es, se encuentra la herencia colonial. Otros países de América Latina no vivieron el problema de manera tan aguda, porque eran regiones casi vacías en el período colonial, y Estados Unidos, desde luego, nunca lo tuvo. A Norteamérica se trasladó Europa -personas e instituciones- en masa, a una región que si bien no era un desierto, para todo propósito práctico lo hicieron aparecer como tal. Lo limpiaron y en ese ambiente el funcionamiento de las estructuras políticas importadas no tuvo que enfrentarse al problema de adecuar lo del viejo mundo al nuevo... ¡que ya era muy viejo!

La organización política de los 300 años de la colonia en México siempre sufrió el problema de la mala adaptación. La ya muy conocida fórmula de la burocracia virreynal "se obedece pero no se cumple" tuvo como razón de ser, como origen, que la estructura jurídica diseñada en España chocaba constantemente con la realidad. No se quería desconocer la orden de la Corona, no se quería desobedecer, pero la realidad era poco

flexible; entonces el resultado fue obediencia sin cumplimiento; y en buena medida ese sigue siendo el caso.

En muchos puntos clave, la Constitución de 1917 se obedece pero no se cumple, y es que esa Constitución, junto con las anteriores del siglo XIX, están inspiradas básicamente en Estados Unidos y en la Europa liberal; pero en México no existían las bases sociales propias de los sistemas liberales; aquí la realidad era y es corporativa. Entonces, nosotros, por ejemplo, adoptamos el presidencialismo -una genuina invención política norteamericana-, pero hacer funcionar una estructura norteamericana en el México del siglo XIX fue realmente imposible. La adopción estaba basada en un supuesto muy optimista de los modernizadores mexicanos del XIX: si nosotros adoptamos las mejores instituciones del mundo, entonces nuestra realidad social mejorará. Pero no fue así; sucedió que la sociedad mexicana realmente se defendió, y lo que cambió fueron las instituciones y no la práctica. No ha habido un entramado institucional que nazca propiamente de la sociedad mexicana misma, todos han sido importados, y su adecuación es lo que propicia la distancia entre lo que dicen los instrumentos formales-legales, y lo que realmente pasa en México.

Cuando hago el análisis de este golfo que separa lo que es de lo que debería ser, encuentro que prácticamente en cualquier área de la vida pública mexicana existe. En realidad no se necesita mucha imaginación para encontrarlo y medirlo, sólo se requiere un "poquitín" de observación. Ahora bien, es importante disminuir esa distancia porque México vive en un ambiente internacional en donde lo legítimo no es lo nuestro, lo que efectivamente somos, sino lo que deberíamos ser. Los estándares de legitimidad y modernidad vinieron de fuera. En el siglo XIX llegaron de fuera, como el liberalismo; hoy siguen llegando del exterior, como es el caso de la democracia. El problema, entonces, se resume así: aunque sepamos que a una estructura social como la nuestra le va a ser difícil adoptar los modelos externos, no queda otra; pues lo que existió originalmente y funcionó, ya perdió viabilidad y legitimidad. Las estructuras que dieron lugar al presidencialismo, a la democracia, al liberalismo, y que ahora están tan de moda y triunfante en todos los lados, son el producto de cinco, seis, siete o más siglos en Europa. Nosotros no tuvimos ese aprendizaje, pero tenemos que acortar el tiempo y hacerlo, porque no podemos seguir manteniendo esta ficción: legalmente vivimos en una república federal y democrática; pero en realidad vivimos un centralismo autoritario. En fin, México sigue siendo, en mucho, una sociedad que se moldeó por el colonialismo, un colonialismo feroz, que realmente pocas sociedades han experimentado así. Los africanos no tuvieron tanto tiempo la ocupación europea directa. El mexicano, en contraste, es producto del primer gran imperio que existió en la época moderna y hoy todavía tenemos que luchar contra fuertes remanentes de esa herencia. Entonces, si en México es grande la distancia que media entre lo que dicen los preceptos constitucionales y legales y lo que realmente es, resulta que esa distancia es lo que le resta legitimidad, credibilidad y legitimidad a las instituciones políticas mexicanas. La falta de credibilidad es una constante en México.

Pasemos ahora al otro aspecto de la pregunta, ese ya más puntual sobre la identidad entre los intereses de la nación, del Estado y del gobierno. No creo ser particularmente novedoso en esto, todo sistema político tiende a que estos tres niveles se vean como uno solo; para que de esa manera se presente el interés más pequeño y reducido -el del gobierno- como si fuera el interés del Estado, y el del Estado como si fuera el de la nación. No es así.

Aunque el marxismo ya va de salida, algunas de sus formulaciones siguen siendo válidas: no hay forma de que el todo quede bien representado en sus instituciones políticas. El Estado representa más a unos que a otros, y es todavía más claro que el gobierno representa más aciertos grupos e intereses relativamente pequeños y particulares, que al

todo social. Entonces, siempre habrá una contradicción entre la teoría y la práctica de la representatividad, en México y en cualquier otra parte. Pero ahí vuelvo al punto inicial: como la distancia entre las reglas formales y lo que realmente se hace es tan amplia en México entonces aquí es mayor la necesidad que tiene el gobierno de presentar su interés como el interés de la nación.

Después de la revolución de 1910-1920, la mesa política mexicana por así llamarla, queda limpia y en ella no hay más que un sólo grupo el revolucionario, y no hay ninguna oposición viable (quedan por ahí unos cuantos porfiristas y, por otros lados, unos radicales -los herederos de los anarquistas y magonistas- pero todos están en los bordes) en esas circunstancias no hay juego político entre un partido y otro. Todo se tiene que hacer dentro del grupo revolucionario, que finalmente se convertirá en el Partido Nacional Revolucionario luego Partido de la Revolución Mexicana y luego el Partido Revolucionario Institucional.

El PRI gusta decir que representa a todos los mexicanos porque en un primer momento había en sus filas por lo menos representantes de todo lo que era importante en la sociedad mexicana: los campesinos, los obreros, la burocracia, las clases medias... El PRI tenía la pretensión de ser no un partido, sino realmente el todo. Como en el PRI estaban ahí para ser tomados en cuenta los intereses de los más desvalidos e históricamente oprimidos de la sociedad mexicana: los indígenas y los campesinos; pero también estaban los elementos modernos: el ejército y los obreros, los intelectuales, los artistas y los empresarios nacionalistas, entonces el partido del Estado pudo hacer el reclamo de que dentro del gobierno y dentro del partido en el gobierno estaban representados todos los mexicanos. Desde esta perspectiva la nación y el gobierno no eran entes distintos en su esencia. Podían haber casos individuales que quedaran fuera -no estaba el 100% de los campesinos, el 100% de los trabajadores-, pero estaban en principio quienes representaban los intereses de conjunto. No todos los trabajadores estaban sindicalizados, ni todo los sindicalizados estaban dentro del partido del Estado, pero lo que ese partido pedía era para todos los trabajadores. Entonces, nación, Estado y gobierno eran presentados como un continuo.

La identidad PRI-nación está basada en la revolución mexicana, puesto que la revolución solamente excluyó a unos cuantos (a los terratenientes y a aquellas personas que estaban en la cúspide de la pirámide) y que se identificaban como una especie de extranjeros: los terratenientes ausentistas, a los que se le caracterizó como más volcados hacia Europa o hacia Estados Unidos que hacia México; aquellos muy unidos al capital y a las actitudes del extranjero. Esos pocos mexicanos fueron muy necesarios a la revolución como enemigos simbólicos, para darle cohesión interna.

Así pues, a partir de 1929, la esencia de la nación fue identificada con el partido de la revolución, con el partido del Estado; de allí su populismo. Populismo que en su origen fue muy genuino, sobre todo en el cardenismo. Se declaró entonces que había unos mexicanos más mexicanos que otros, y esa es la esencia del cardenismo. El Estado está dirigido entonces por un gobierno que se identifica con la mayoría, con la masa. Y yo creo que por un momento, la élite revolucionaria genuinamente creyó que representaba el interés del todo, en ese momento y hacia al futuro. Pero hoy, a fin del siglo XX y más cuando ya se destruyó esa herencia populista, se tiene que desechar la pretensión de una identidad entre gobierno, Estado y nación.

Un país realmente moderno requiere que su opinión pública y sus dirigentes acepten como punto de partida que un ataque al gobierno, que un cuestionamiento del gobierno, no es un cuestionamiento del Estado, y mucho menos un cuestionamiento de la nación. Eso es lo que está buscando, por ejemplo, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en

Chiapas. El EZLN no ataca a la nación, pues no está buscando la autonomía, ni siquiera cuestiona al Estado; al que cuestiona, a fondo, es al gobierno y en particular al corazón del gobierno, al Presidente. Creo que ahora le es ya difícil a la Presidencia usar el discurso antiguo "quien me ataca a mí ataca a la nación". Estamos en una sociedad más compleja, más sofisticada, más interesante. Hemos muchos que no sentimos que la nación a la que pertenecemos esté bajo ataque porque alguien se lance, y a fondo, contra el gobierno. Esta es una de las expresiones de madurez política en México: el que en algunos niveles se pueda hacer ya la distinción entre estas tres formas de autoridad y de soberanía: gobierno, Estado y nación.

JLP. Sin embargo, si bien es cierto lo planteado, algunos intelectuales han interpretado el estallido zapatista como un atentado a la estabilidad política nacional adjudicándole además una serie de demandas que, como se mencionó, son demandas muy puntuales que no cuestionan la estructura del Estado e incluso se manejan más como un movimiento con reivindicaciones nacionales que regionales. Es decir, si bien es un movimiento regional, aspira a representar demandas nacionales añejas como son la justicia y la democracia. Esos intelectuales han considerado que realmente el zapatismo es una representación de estos movimientos sociales premodernos, fundamentalistas, que no tienen una perspectiva de la nación. Claro que es una cierta lectura del movimiento zapatista y si bien ciertos sectores sociales ya no ven al zapatismo como un ataque a la nación, hay intelectuales que han atribuido al zapatismo objetivos potenciales que no tiene fuerza para hacer, como detener el tránsito a la democracia en México. Se subestima que el zapatismo es la última respuesta a viejas demandas que por la vía legal habían estado realizando muchas comunidades indígenas y campesinas. No fue la opción armada la primera que tomaron, sino fue la opción última. Se subestima, por un lado, esta historia concreta que representan los zapatistas y por el otro lado, se sobreestiman sus potencialidades. Hay un juego nada objetivo de ciertos intelectuales, donde cuando quieren los zapatistas son omnipotentes y cuando no, son sencillamente un reducido grupo de extremistas.

Quisiera saber tu opinión sobre el particular, pues otros académicos han mencionado que hay una lectura parcial de los sucesos chiapanecos.

LM. Quizá algunas de estas primeras reacciones tan contundentes y condenatorias del zapatismo son reminiscencias del anticomunismo que hemos vivido durante mucho tiempo. En ese pasado no tan lejano, los grupos insurgentes eran identificados inmediatamente con la contienda global entre las dos grandes potencias, no siempre con razón. No hay duda de que en el apoyo de los movimientos guerrilleros de América Latina de los años sesenta, setenta y ochenta, la Unión Soviética y Cuba tuvieron un papel destacado. En el bloque socialista los insurgentes buscaban y encontraban tanto ayuda material como instrumentos teóricos para su lucha. En el último libro de Jorge Castañeda, están bien ilustrados casos puntuales de auxilio soviético y cubano a la insurgencia latinoamericana, pero nadie ha demostrado que ese sea hoy el caso de los zapatistas. Entre otras cosas, porque ya no hay Unión Soviética.

Los zapatistas se alimentan políticamente de su propio pasado indígena y de su sociedad comunitaria y con eso les basta para justificar moralmente su derecho a la rebelión. Por otro lado, han hecho todo lo posible por usar los símbolos nacionales, a veces hasta más allá de lo que se necesita: el uso de la bandera, el himno, etc. Nos están mandando así, el mensaje de que no tengamos miedo a un separatismo, a un cuestionamiento de la integridad nacional.

El México que nace como nación en el siglo XIX es en realidad un conjunto de naciones pequeñas. Los yaquis son una nación, tienen una lengua, un territorio, una historia, unas

costumbres y unas instituciones propias que casi no tienen nada que ver con el resto de México. Lo mismo se puede decir de los mayas, tarahumaras, tzeltales, etc. Así pues, se puede suponer que hay naciones indígenas en Chiapas. Las etnias chiapanecas tienen todos los atributos de las naciones, esos que mencioné. Podrían intentar lo que se está viendo en Europa del Este, por ejemplo. La vuelta a la comunidad y el rechazo al resto, como ha ocurrido en Yugoslavia, ha concluido en situaciones de crueldad sin límites. El ejército zapatista no ha planteado esa demanda, no ha elegido ese camino.

Resumiendo, los zapatistas han tenido mucho cuidado en no presentarse como representantes de las naciones indígenas y no revivir temas tan delicados y dolorosos para México como las guerras contra los yaquis o los mayas. Lo único que han pedido es una cierta autonomía que respete sus costumbres y tradiciones, pero aun eso puede ser un problema. Porque ¿cómo combinar lo general con lo particular, con el hecho de que el resto de México no está formado por ese tipo de sociedad? Pero en fin, hasta el momento los zapatistas se han mantenido fuera de ese problema. Finalmente, ¿el zapatismo es una expresión de intereses extranjeros? creo que esa línea de argumentación quedó descartada; la empezó a usar el gobierno, pero luego la retiró de su arsenal de armas políticas. Así pues, en el EZLN no hay un ataque a la integridad de la nación.

El zapatismo intenta hoy mostrar por todos los medios que lo que quiere es integrarse a la nación, a esa nación que los ha marginado y hasta cierto punto rechazado por la vía de la discriminación a los indígenas; tal discriminación es una manera de que una parte de la nación rechace a otra; entonces es a ellos, a los indígenas, a los que se ha apartado de las grandes corrientes nacionales y no ellos los que buscan dejar a la nación. El EZLN no pretende cambiar la esencia de las reglas del juego político mexicano; no es un movimiento a la Ayatola Jomeini, que quiere cambiar toda la lógica política y jurídica en que vivimos; más bien quiere que el espíritu de la ley se cumpla con ellos y con el resto del país. El movimiento zapatista quiere hacer lo que se planteó al principio de la entrevista: que en el caso de los chiapanecos y de los mexicanos en general, el golfo entre el ser y el deber ser desaparezca o sea menor, pero no está planteando valores distintos; está hablando de las reglas formales de la república.

JLP. Un segundo bloque de preguntas está referido a algo más coyuntural, la reacción del gobierno de Salinas frente al levantamiento zapatista. Ninguno de los treinta y tantos comunicados de la Secretaría de la Defensa, de la PGR o los de la Secretaría de Gobernación, hicieron alusión a que dicho movimiento fuese un problema de seguridad nacional. Esto parece ser una especie de contradicción o paradoja, pues cuando se inició este gobierno el ataque a la cúspide del sindicato petrolero encabezado por Hernández Galicia se consideró como un problema de seguridad nacional, y de allí que se movilizaran no solamente unidades policíacas, sino también militares, dado que se concibió a la dirigencia sindical como amenaza a la seguridad nacional; entre otras razones, porque supuestamente poseía un buen número de armas. Esto resalta más dado que el propio Plan Nacional de Desarrollo de este gobierno considera al narcotráfico como un problema de seguridad nacional. Sin embargo, insisto, no se dijo que la sublevación militar indígena de Chiapas fuese un problema de seguridad nacional. Por lo planteado, quisiera que nos adentráramos en por qué el gobierno actual puso entre paréntesis el problema de la seguridad nacional. Estoy consciente de que es una pregunta que más bien se podrá manejar a nivel de la especulación, dado que no hay suficientes elementos para entender por qué no se argumentó en términos de seguridad nacional. Pero la reflexión podría darnos algunas pistas de cómo conceptualiza la seguridad nacional el gobierno actual y por qué se puso con un bajo perfil el problema chiapaneco. Posiblemente, por razones incluso de presión o de prestigio internacional. En fin, es una pregunta muy amplia.

LM. Amplia, pero muy buena y muy difícil de responder a cabalidad.

El haber metido en los comunicados, en la respuesta del gobierno a los zapatistas, el problema de seguridad nacional, hubiera creado, por sí mismo, un problema de seguridad nacional. Voy a intentar ser más específico. El Comisionado para la Paz y la Reconciliación dio una entrevista en donde abordó el problema de la beligerancia, y aseguró que ese era un punto que no se podía conceder a los zapatistas, pues reconocerles el status de fuerza beligerante sería abrir las puertas a la intervención externa. Es decir, ponía en peligro la seguridad nacional; no lo dijo exactamente de esa forma, pero ese era el significado. Desde el principio y hasta hoy, el gobierno intentó que el problema se quedara dentro de las fronteras, y que no hubiera ninguna posibilidad de darle dimensión internacional.

Ahora bien, el fenómeno zapatista surge después de la caída del Muro de Berlín, después de la desaparición de la Unión Soviética. Se trata de un movimiento armado que está enteramente justificado por razones internas y al que se le puede descubrir una liga internacional. En esa circunstancia, no es posible para el gobierno admitir que la seguridad de la nación esté en peligro menos cuando se está celebrando el ser parte del gran mercado de la América del Norte, una organización de países que se suponen enteramente capaces de mantener el control de sus principales variables políticas. Acusar a los zapatistas de poner en peligro la seguridad estatal y nacional mexicanos, sería admitir la debilidad del gobierno, del Estado y de la nación.

Ahora, la pregunta hace referencia a la Quina. Si el gobierno calificó a la Quina en 1989 como un peligro a la seguridad nacional, fue justamente porque no lo era, pero ayudaba a justificar y magnificar la acción del gobierno en su contra. Porque no hay peligro nacional, ni siquiera para el Estado, aunque sí para un gobierno debilitado por la forma como llegó al poder en el 88, la acción contra el líder petrolero se hace aparecer como más de lo que fue. Para reimplantar la autoridad presidencial, se hizo crecer artificialmente al enemigo. Si ese enemigo era definido como una seria amenaza para la nación y la presidencia lo domina tan rápidamente, bueno, entonces la presidencia será la gran protectora del interés colectivo. Sin embargo, cuando los peligros son reales, entonces es mejor disminuirlos, justamente porque la presidencia no puede resolverlos con la facilidad con que se suponía.

Si a algo se le califica como peligro a la seguridad nacional, pero no se le puede enfrentar con determinación, se está ante una admisión tácita de que la seguridad nacional está en peligro. Así que aquí vuelvo a un punto que se señaló al principio: la diferencia, el golfo entre la realidad y el discurso del poder. Y así llegamos a esta fórmula: en los casos donde pudiera haber elementos para admitir la existencia de peligro para la seguridad nacional, el discurso los niega y cuando los menciona podemos estar seguros de que en realidad no los hay.

JLP. Claro, a diferencia de, por ejemplo, el narcotráfico, donde se reconoce que es una problema de seguridad nacional, pero porque Estados Unidos reconoce que el narcotráfico es un problema para su seguridad nacional, y entonces para México también es potencialmente un problema de seguridad nacional. Hay una especie de aval internacional, que dice que el narcotráfico sí se puede considerar como una amenaza a la seguridad nacional, porque Estados Unidos siempre lo ha conceptualizado así.

El gobierno mexicano, tanto el de la Madrid como el de Salinas de Gortari, nos han planteado que el narcotráfico puede convertirse en un problema de seguridad nacional y de seguridad del Estado, entendido como la posible conformación de un poder militar o paramilitar con regiones geográficas bajo su influencia. Además en un poder que tenga

una enorme influencia económica y política como sucede con Bolivia, o Colombia, donde el narcotráfico es evidente que está por todos lados. En México también sucede así, pero no con esas dimensiones e incluso no ha penetrado a las fuerzas armadas mexicanas, al nivel que ha penetrado a otras fuerzas latinoamericanas.

Entonces, que el narcotráfico se reconozca como un problema de seguridad nacional es porque a nadie asusta. Pero una rebelión militar indígena que se conceptualiza como un problema de seguridad nacional, el gobierno la reconoce imposible y débil, y para enfrentar y decidir, de forma más o menos autónoma, cómo encararla, estima que abre o puede abrir las puertas a ingerencias externas.

LM. Exactamente, en el caso del narcotráfico podríamos decir que mal de muchos, consuelo de otros tantos. Si Estados Unidos no puede resolver ese problema, y además es el origen del mismo, porque es la demanda de su sociedad rica la que genera la oferta en las sociedades pobres, entonces podemos decir que es aceptable admitir la existencia de ese problema. No lo creamos nosotros y tampoco lo pueden resolver sociedades con mejores instituciones y más recursos, como Estados Unidos. En contraste, el caso chiapaneco es estrictamente nuestro, ahí sí no es posible echarle la culpa al factor externo.

JLP. Pasando a un nivel interno, también podríamos manejar como hipótesis el que no se habló de seguridad nacional respecto a la rebelión chiapaneca porque no se quisieron desencadenar ciertas estructuras de poder real y potencial como el poder militar y económico. Si el gobierno desde un principio considera una rebelión militar como un problema de seguridad nacional, las fuerzas armadas podrían adquirir mayor autonomía de decisión en las operaciones militares y en la forma de resolver la guerra. Es decir, los militares están entrenados para hacer la guerra y ganarla. Posiblemente no se manejó así porque era dar a este poder potencial y real, el militar, armas para justificar una embestida total, hasta donde fuera posible contra la rebelión chiapaneca.

Luego, con el otro poder, no potencial sino real, el económico, se trató por todos los medios de asegurar a la inversión extranjera directa e indirecta que el problema chiapaneco era regional, no nacional; que era un problema que se podía manejar, gobernar, y se pensó que era la mejor forma de que no hubiera una descapitalización masiva inmediata. La Bolsa Mexicana de Valores tuvo un comportamiento relativamente estable en los primeros 12 días de la rebelión, a diferencia de lo que se esperaba. Posiblemente, el gobierno no quiso dar señales de alarma a ciertos sectores del poder real y potencial. No es que estuviera inconsciente de la gravedad del asunto, sino que no quería desencadenar procesos más amplios que a lo mejor no podía controlar, como una descapitalización masiva o como una mayor autonomía de la institución militar estatal para tomar decisiones.

LM. Absolutamente de acuerdo. En la doctrina militar -no solamente la mexicana, sino cualquiera- la razón de ser del ejército es la defensa del interés nacional, de la seguridad nacional. Si la seguridad nacional está bajo amenaza y el ejército está sin hacer nada, incurre en una contradicción. Por lo tanto, el caso de Chiapas no se define como uno de seguridad nacional; entonces no se está atacando la razón de ser del ejército.

Resumiendo, si en el caso de Chiapas el gobierno no define el problema en términos de amenaza a la seguridad nacional, como sí fue el caso cuando realmente no existía, la razón es un deseo de no complicar más las cosas.

Pero vuelvo a un punto que ya había señalado antes: no solamente es por la gravedad del asunto que los voceros del poder no quieren usar términos tan graves; es que en la

realidad el problema planteado por el EZLN no es un problema para la nación, pues la nación misma no está en peligro, pues los rebeldes no señalan en ninguno de sus puntos programáticos que busquen afectar a la nación en cuanto tal. No, su enemigo es sólo el gobierno. Y el gobierno son unos cuantos individuos; el resto de los mexicanos podemos no sentirnos agraviados. Los zapatistas no están poniendo en duda los valores ni los proyectos de la mayoría, al contrario, dicen estar en armas para apoyarnos en el tránsito hacia un México mejor y democrático.

JLP. Incluso, si en un principio las primeras proclamas del EZLN estaban dirigidas a una institución estatal, el ejército nacional, donde se le pedía su rendición incondicional, vemos que después todas las proclamas tuvieron otra orientación. Las demandas radicales buscaban básicamente un efecto de propaganda, ya que estaban conscientes de que no tenían posibilidades, ni de pedir la rendición del ejército nacional, ni de avanzar sobre la ciudad de México, ni nada por el estilo. Creo que ahí era más bien un manejo bastante eficiente de los medios masivos de comunicación. Después, no solamente ya no han hecho críticas a la seguridad del Estado, o sea decir que tal institución debe cambiar, como las fuerzas armadas, sino que no han tratado de seguir con un lenguaje que ponga en entredicho otras instituciones del Estado. Hay una variación de carácter, yo no diría estratégico, sino más bien táctico. La estrategia de ellos es no asustar a nadie, sino más bien llamar la atención de la comunidad internacional y de la nacional acerca de que las cosas están mal en esa parte de la nación, y que el problema es el gobierno, no el Estado, ni mucho menos la nación.

LM. Yo también me pregunté muchas veces ¿porqué la declaración tan puntual de guerra del EZLN al ejército nacional? No se. Desde mi perspectiva, fue absurda, no se ganó nada. Probablemente la razón esté dentro del zapatismo; posiblemente fue la manera de mostrar a la comunidad que los apoya que el EZLN iba en serio, porque iban a tocar lo que normalmente en Chiapas no se toca: la máxima autoridad armada, el ejército. Atacar a la policía era una cosa, pero al ejército era otra. Entonces, si decían abiertamente que se proponían atacar lo que hasta entonces había sido intocable, un tabú, era un mensaje de la magnitud de su propósito. Fue una forma de decir que esta vez no iban contra el presidente municipal, la policía o contra el gobernador. No, ahora iban contra la institución que representa la mayor fuerza del Estado. Por tanto, quizá debemos buscar la explicación de la declaración de guerra al ejército nacional en la naturaleza del zapatismo y de la cultura que lo sustenta, más que en la lógica de la política nacional. Ahora bien, pasado el momento los zapatistas ya no han vuelto a poner como el enemigo central al ejército. Fue como tirar a lo más alto para luego volver a los niveles de cordura.

JLP. Claro, el llamamiento me sorprendió, dado que era totalmente desproporcionado en términos de posibilidades reales de pedir la rendición a un ejército que no había ni siquiera luchado contra ellos, ni contra nadie, y que estaba intacto y no iba aceptar una rendición.

El Estado nacional en Chiapas estaba presente a través de sus formas más perversas y coercitivas. El ejército nacional allí ha tenido una presencia histórica a lado de los caciques, de todo un sistema que es la negación de un Estado nacional moderno. Las instituciones estatales de mediación estaban relativamente ausentes o rearticuladas para las necesidades del cacicazgo regional. Por ello, a lo mejor el llamamiento contra del ejército nacional era porque representaba y reflejaba un odio contra una institución que no se había manejado como institución nacional. Y lo menciono porque después de enero los grandes ganaderos, los finqueros, los cafetaleros han dicho en forma clara: "queremos que no se retire nuestro ejército". El problema es que no es su ejército, es el ejército nacional, y si bien debe cumplir ciertas funciones constitucionales, se supone que no debe de representar a una sola clase y menos a una dominante del tipo de la chiapaneca.



Parece que el ejército nacional realmente no se ha manejado como debe de comportarse un ejército que hace respetar la ley; el estado de derecho; el derecho igual para todos. Si hay invasiones de predios de forma ilegal, pues que se desocupe a los campesinos, pero que igualmente se desocupe a los finqueros que invaden tierra de campesinos; que poseen latifundios al margen de la ley, etc. Ese sería un ejército que se maneje dentro de una normatividad muy concreta.

Posiblemente, el llamamiento al enfrentamiento directo con el ejército nacional cumplía funciones, como ya se mencionó, de cohesión al interior del zapatismo, pero también reflejaba una realidad muy triste: que el ejército ha servido para realizar labores no de mediación, sino de coerción al lado de los grupos económicos dominantes.

LM. Es cierto, pero aquí habría que dejar el tema en suspenso hasta no tener mejores elementos. Propongo, por ejemplo, examinar con cuidado los documentos de la Comisión Nacional de Derechos Humanos en relación a Chiapas, aunque la CNDH no tiene una historia vieja, y por lo tanto no podemos irnos muy atrás. Pero en un examen muy superficial que he hecho de ese tema, aparece que los choques entre comunidades y la fuerza del Estado no son generalmente con el ejército, sino con las policías. Una policía bastante peculiar, por cierto, porque en algunos de esos documentos se mencionan contingentes de hasta de 500 o 600 policías para tomar una comunidad. Es decir, en Chiapas la policía actúa como un pequeño ejército. Creo, pues, que el enemigo principal de las comunidades es la policía, no el ejército.

Ahora, si nos vamos más atrás, resulta que el ejército fue hasta una fuerza liberadora. Cuando a esa sociedad tan tradicional llegó la revolución, llegó en forma del ejército carrancista. Los carrancistas eran pocos, pero las comunidades indígenas los vieron como una fuerza positiva y liberadora frente al poder tradicional. Hay que recordar que en la revolución los finqueros chiapanecos se organizaron en la rebelión mapache e integraron una fuerza contrarrevolucionaria. Entonces, en su origen ese ejército que llegó del norte con todo sus defectos que le conocemos, pues parece haber empezado bien. Es con el paso del tiempo que resurge la armonía entre los intereses creados que ya existían, y que nunca fueron destruidos del todo, y el nuevo Estado. Al final, pareciera que la fuerza revolucionaria que vino de fuera fue absorbida por los intereses antiguos, hasta llegar a lo que es la situación actual.

JLP. Creo que expliqué mal mi posición. Ciertamente, los datos nos dicen que el odio de los indígenas estaba dirigido hacia las policías y las guardias blancas de los terratenientes que desempeñaban labores de desalojo y de intimidación contra los campesinos. Lo que yo quería destacar es que estas fuerzas utilizaban al ejército como una amenaza, como la segunda línea de fuego. O sea, les decían a los indígenas: "si no ceden, ahí viene el ejército". Además, el ejército nacional no debería haberse prestado a ciertas masacres que sí se realizaron cuando el General Absalón Castellanos era el gobernador del estado.

LM. Sí, también figuran en los documentos de la Comisión Nacional de Derechos Humanos denuncias sobre intervenciones directas del ejército.

JLP. Y eso es un desprestigio para la institución militar. Seguramente algunos jefes militares no estaban muy conformes con el uso de la institución para servicios de carácter, llamémosle casi privado, patrimonial, con los que se estaban violando leyes. Entonces, estoy totalmente de acuerdo con que más que el uso sistemático del ejército, eran las organizaciones policíacas y paramilitares a las que se recurría. Pero los finqueros usaban como amenaza al ejército con el mensaje: "si no ceden venimos con los soldados". Y todos sabemos que para términos de dominación política, la violencia o la amenaza del

uso de la misma es otra forma de dominar. A veces basta la pura amenaza. Y ahí, con que circularan militares en alguna comunidad indígena era suficiente para que la gente se inmovilizara y aceptara el terrible estado de cosas. De seguro, ciertos jefes militares no estaban de acuerdo con movilizar tropas con intenciones de carácter intimidatorio y no para hacer maniobras militares o para combatir forajidos o "robavacas", o lo que fuera, lo que sería otra cuestión muy diferente.

Por ahí iba más bien la pregunta de que el Estado nacional mexicano estaba presente, pero mediante sus características más "premodernas", más anticuadas y represivas. Para cualquier mexicano ir a Chiapas y compararlo con el resto del país, decía uno, era como regresar al siglo pasado. El racismo, por ejemplo, que existe en Chiapas es muy diferente al racismo que hay también en el norte, porque el racismo chiapaneco se corta en el aire, se siente. Está muy interiorizado por los grupos dominados y dominantes. Planteo lo anterior dado que algunos académicos dicen que el Estado nacional no estaba presente en Chiapas y que ocupó su hueco la iglesia católica mexicana y algunas sectas protestantes. Argumentan que esas iglesias cumplieron funciones de mediación política y de cohesión social que no satisfacían las instituciones estatales mexicanas. La presencia institucional religiosa, se afirma, obedece a que no estaba presente el Estado nacional mexicano. Sí estaba presente creo yo, pero con lo peor de sí mismo; con sus peores facetas y caras.

LM: Lo mismo se puede decir, por ejemplo, del partido del Estado. El PRI esta presente, pero no de la misma manera que lo está, por ejemplo en el Norte. En Chiapas el PRI simplemente le dio su sello a lo que desde antes era una autoridad caciquil, indígena o no indígena. Se dijo: "ustedes mandan, por tanto ustedes son el PRI" y listo.

JLP. No había, por ejemplo, una consulta mínima a las bases priísta sobre quién debía ser el candidato para el ayuntamiento tal. Después de la avanzada zapatista, leía hace poco que en 18 municipios importantes de Chiapas se pedía, pacíficamente, la destitución de los alcaldes priístas. Obviamente, esos contingentes no eran zapatistas; a lo mejor había por ahí zapatistas disfrazados, pero era la población la que estaba inconforme con esos alcaldes priístas.

LM. Bien, no hay que olvidar que las cifras de votación dan ahí sistemáticamente una de las más altas victorias al PRI. Debía ser Chiapas el estado más priísta del país, y por lo tanto, uno en que el partido de Estado tuviera más control de sus bases, pero resultó exactamente lo opuesto.

JLP. En fin, el segundo bloque de preguntas, implicaba lanzar hipótesis o especulaciones de por qué el gobierno durante una coyuntura muy grave no utilizó el término de seguridad nacional para justificar no sólo acciones militares, sino también acciones políticas, como la creación de un sinnúmero de comisiones de concertación, de paz, etc. Nunca dijo "lo estamos haciendo porque hay un problema de seguridad nacional". La intención de esta pregunta es acercarnos a un terreno donde comprendiéramos cómo estaba pensando el gobierno y por qué no reflexionó en términos de seguridad nacional. ¿Podrías agregar algo sobre el particular?

LM. Sí. Hay además otro punto. En su origen, México es un agregado de culturas locales. Al iniciar su vida independiente, no tiene casi nada nacional, todo es local: la economía, el poder, la cultura; las formas habituales de vida varían de una región a otra. Un país en que se ha puesto como uno de los grandes logros y fuentes de la legitimidad gubernamental el haber deshecho el mosaico, el aislamiento, y haber creado una nación, debe volver a revisar el tema de la unidad nacional. Eso es descubrir la vulnerabilidad del sistema.

El gobierno de la Revolución y los de la posrevolución, nos aseguraron que habían actuado en nombre e interés de los indígenas, de la pequeña comunidad a la cual rescataron del sometimiento en que la tenía el antiguo régimen, el porfiriato. Entonces, volver ahora a decir que el problema no está resuelto, equivale a negar una de las fuentes más importantes de legitimidad de la Revolución. Y el problema no está nada más en Chiapas, está en Oaxaca, Michoacán, Guerrero, Hidalgo, Veracruz, Puebla. Si el problema se presenta como uno de seguridad nacional, entonces habría que admitir que está en un tercio de México, al menos en potencia.

JLP. Estoy totalmente de acuerdo con lo que planteas; de que en esta coyuntura, el caso chiapaneco no pone en tela de juicio a la seguridad nacional, ni del Estado, de momento. Pero, especulando un poco, hay otra dimensión que hemos olvidado: el carácter estratégico de Chiapas para el sistema económico y político nacional.

Si el conflicto chiapaneco se extiende en el tiempo y en el espacio, sí se podría presentar un problema de seguridad nacional y de seguridad estatal. Chiapas abastece con casi el 50% de la energía hidroeléctrica al país, a la planta industrial, comercial, a los hogares mexicanos. También produce gas natural y petróleo en proporciones muy importantes y entiendo que la producción de maíz ocupa el segundo lugar nacional. Si el conflicto se mantiene o se extiende a otras regiones de Chiapas, nuestra soberanía alimentaria va a verse mermada. Vamos a tener que importar más granos de Estados Unidos; vamos a tener problemas de soberanía energética, y esto va a afectar a la nación, pues al tener menor electricidad, petróleo y maíz, la población, la nación, sufrirá porque estos bienes se volverán mucho más caros, ya que habrá que importarlos. La que va a "pagar el pato", de forma más inmediata, será la población que está bastante mermada en cuanto a su seguridad social.

Respecto a la seguridad del Estado, creo que un conflicto de largo plazo en Chiapas sí afectaría a una institución estatal como las fuerzas armadas mexicanas, pues evidentemente las iba a introducir en una dinámica de desgaste, al tener necesidad de militarizar al Estado para mantener más o menos seguras las estratégicas instalaciones petroleras e hidroeléctricas y algunas áreas dedicadas al cultivo del maíz. Si este conflicto se "nacionaliza", quiero decir, si empieza a impactar más allá de Chiapas, estaríamos hablando de un problema muy grave. Y regreso a lo que quería preguntarte antes: posiblemente a corto plazo, el gobierno no quiso hablar de seguridad nacional por lo ya mencionado en la entrevista, el hecho de no desatar cierta dinámica internacional y nacional que nos volviera más vulnerables en términos de soberanía política. Pero creo que también no se habló de seguridad nacional para no sobredimensionar algo que seguramente el ejército zapatista sabe y que conoce casi todo mundo medianamente informado: que Chiapas es un estado estratégico para el funcionamiento de la economía nacional. Así, moviéndonos en el plano de la especulación es evidente que el gobierno tiene conciencia de todo esto, y supongo que decidió mantener el asunto con un bajo perfil y no motivar ideas. Dijo: "no hablemos de problemas de seguridad nacional o problemas estratégicos".

Paradójicamente, los únicos que han hablado en el sentido de que Chiapas es un estado estratégico para México, son los industriales comerciantes. Ellos dicen que Chiapas es un estado estratégico para México, y aunque no han especificado por qué lo es, creo que todos sabemos por qué. No se si deseas, como última pregunta, examinar esta dimensión potencial del problema. Un escenario posible donde estaríamos hablando de un problema de seguridad nacional y de seguridad del Estado.

LM. No soy experto en el tema y mis visitas a Chiapas no me permiten apreciar ese estado como un emporio del maíz y de otros granos. Lo que yo veo ahí es un problema enorme: la destrucción de la ecología para buscarle espacios a un maíz poco productivo y subdesarrollado. En realidad, México hace ya tiempo que perdió su seguridad alimentaria. El grueso de nuestros granos vienen de las grandes planicies norteamericanas.

La energía eléctrica y el petróleo son otra cosa. Ahí sí hay un problema extraordinariamente serio, al menos en potencia. Las presas están alejadas de la zona zapatista. Chicoasén está en las afueras de Tuxtla, una zona que por ahora podemos suponer fuera del territorio en conflicto. El petróleo también está localizado en una zona "segura".

Ahora bien; en un escenario donde el conflicto se saliera de las fronteras donde ahora lo mantiene el ejército y se pusiera en peligro la generación de energía eléctrica, entonces sí que se afectaría a todo México e inclusive a parte de Centroamérica, pues la energía eléctrica de ahí no va solamente a México, sino hacia el sur. Y en cuanto al petróleo, ¡mejor no pensemos! Usemos ese tipo de argumento para apoyar una solución pacífica. No tiene ningún sentido, realmente, crear un peligro de seguridad nacional donde no lo hay ahora. Mal manejado el problema de Chiapas, podría convertirse real y auténticamente en un peligro para la seguridad económica. Sin energía eléctrica y con una disminución de la producción de petróleo y gas México entraría en crisis. Ya tenemos suficientes problemas económicos; si le añadimos otro, no significaría solamente una pérdida de energía eléctrica, gas y petróleo, sino también de confianza y la confianza es uno de nuestros recursos más importantes. Es por eso que sigue llegando la inversión externa, por el proyecto; no por lo que ahora es, sino por lo que puede ser, pero si a eso que puede ser lo nulificamos, entonces la viabilidad misma del país estará en juego. Así pues, hay que hacer conscientes a todos, autoridades y sociedad, de la urgencia de resolver el conflicto chiapaneco. Por otro lado, este conflicto no puede resolverse muy rápido, porque el EZLN no va a dejar las armas sino hasta el final del proceso. Entonces hay que armarnos de paciencia y resignarnos a que las armas van a estar allí por un buen rato. Sin embargo, urge crear las condiciones políticas necesarias para que ellas se queden en la forma en que lo están ahora, como un simple potencial. Que no se usen, y que no nos alarmemos si pasan los meses y todavía está ahí el EZLN. Gracias a las armas, los zapatistas han conseguido políticamente en muy corto tiempo, lo que no pudieron en muchísimos años. Hasta que no se puso en entredicho a las instituciones, hasta entonces ellas reaccionaron. Pero como han sido muy eficaces las armas, los zapatistas van a seguir armados por un tiempo. Bien manejado políticamente el asunto, no tiene porque convertirse en un peligro para la seguridad nacional. El descuido político que provocó el levantamiento debe tener un costo alto, pero lo que hemos de buscar sobre cualquier otra cosa, es que ese costo no aumente y que no se piense, de ninguna manera, en una afectación de los dos grandes recursos económicos mexicanos que son la energía eléctrica y el petróleo.

JLP. Cuando hablaba de la posibilidad de que esto se generalizara en Chiapas es porque, como ya se ha planteado, por ahora el ejército zapatista está localizado en una zona de la selva perfectamente delimitada; los zapatistas están conscientes de eso. Pero lo que quería decir sobre la posibilidad de una generalización del conflicto es que una cuestión es que de momento haya muchos campesinos e indígenas que no están a favor de la lucha armada, y otra que frente a una masacre de sus propios hermanos y parientes permanezcan impávidos. Todos sabemos que las instalaciones estratégicas se hayan rodeadas de indígenas y campesinos que si bien no están armados y no son partidarios de la lucha armada, podrían comenzar a armarse y eso se volvería una situación realmente incontrolable.

LM. Hay un comunicado del comandante Marcos a los "topos", a los elementos que supuestamente tiene el EZLN fuera de la zona. No sabemos si efectivamente existen y cuántos son o qué pretendan, pero el EZLN amenaza con extender su campo de acción, quizá ya no como ejército uniformado y en unidades regulares, sino como guerrilla al estilo antiguo.

JLP. Totalmente clandestina, por cierto, donde el mismo ejército no tendría muchas posibilidades de identificarlos y aun militarizando todo el estado, no podría garantizar una seguridad física total de las instalaciones. Creo que por todo lo mencionado, lo mejor sería una solución negociada donde hubiera que pagar costos y más que localizar culpables, empezar con una relación más civilizada. Buscar culpables no nos llevaría demasiado lejos. Tampoco podemos decir "borrón y cuenta nueva", "aquí no paso nada"; ello sería regresar al pasado y creo que no hay disposición para tal regreso.

LM. Decidirse a no buscar culpables -que sí los hubo y tenemos algunos nombres- es una de las características de la política. En algunas circunstancias, para ser eficaz, hay que dejar pasar; perdonar. La reconciliación y la negociación exige que no se cumplan cabalmente las demandas de justicia. Los zapatistas están pidiendo el juicio político a tres exgobernadores; tienen razón, hay una sed de justicia sustantiva detrás de ello, pero quizás no sea muy útil para la reconciliación insistir en la demanda. Hay que ver más al futuro que al pasado.

JLP. Sería empantanar demasiado las soluciones. Por ejemplo, el ejército podría cumplir una función muy positiva -no porque yo tenga posiciones militaristas, ni nada por el estilo-; una función de acata las disposiciones legales en forma estricta. Sabemos que algunas disposiciones no son las mejores, pero sería conveniente que se identificara siempre al ejército como la segunda línea de fuego en caso de que el pueblo se exalte. Hasta ahora la presencia del Estado nacional es, en gran parte, mediante el ejército, que podría jugar una función muy diferente a la que ha desempeñado. Como se planteó al principio de la entrevista, sería una especie de retorno al pasado; hablaríamos de un ejército modernizador en una sociedad muy atrasada.

LM. Sí, así fue su origen en Chiapas. Los chiapanecos, que están tan orgullosos de su pasado, deben ser selectivos y retomar esa parte del inicio, cuando fueron una fuerza modernizadora...

JLP. Muchas gracias por el cúmulo de opiniones, reflexiones y especulaciones que te has permitido brindarnos; sin duda, ellas enriquecerán nuestra temática sobre seguridad y soberanía nacionales.

CITAS:

[\*] Profesor-Investigador del Centro de Estudios Internacionales, El Colegio de México.

[\*\*] Profesor-Investigador del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco.